En el tribunal

El hombre llevó al mercado un buey para venderlo. Se le acerca un comprador, regateó el buey con el hombre, dio un adelanto, indicó a dónde llevarlo; a tal casa, dijo.
Lleva el hombre el buey: se le encuentra de frente otro mercader.
— ¡Hombre, véndeme el buey!
— A la orden, señor mercader.
Regatearon, y este dio un adelanto, indicó a dónde llevarlo.
— Yo —dice—, ¡ahora vengo!
Siguió el hombre con el buey. Se acerca un tercer comprador, y con este también regateó, tomó también un adelanto de este, lleva el buey a casa de él, y entonces se presentaron los dos compradores anteriores: uno tira de su compra hacia sí, el otro, hacia sí...
El asunto no se arregló bien, fueron a juicio. Mientras los demandantes explicaban al juez su asunto, el hombre estaba en el recibidor.
Sale corriendo hacia él un funcionario y le dice al hombre:
— ¡Si me das para el té, te enseño cómo defenderte!
— Haz la caridad divina, padrecito, sé un padre para mí, ¡te pagaré!
— Va. Sea lo que te pregunten, primero responde: «¿Y qué?», y luego: «¡Qué va!»
Llamaron al hombre ante el juez.
— ¿Tú, hombre, vendiste el buey a este mercader? —pregunta el juez.
— ¿Y qué? —dice el hombre.
— ¿Y recibiste el dinero?
— ¡Qué va!
— ¿Y a este le vendiste?
— ¿Y qué?
— ¿Y recibiste el dinero?
— ¡Qué va!
— Bueno, ¿y a este le vendiste?
— ¿Y qué?
— ¿Y recibiste el dinero?
— ¡Qué va!
— Pero ¿qué eres, loco o qué?
— ¿Y qué?
— ¡Fuera de aquí, que te encierro en la cárcel!
— ¡Qué va!
Apenas salió el hombre por la puerta, el funcionario lo alcanza:

— Dáme, hombre, lo prometido, ¡me prometiste para el té!
— ¿Y qué?
— Dáme, hermanito.
— ¡Qué va!
Así se zafó este hombre.